

¿PARA QUEDARSE EN CASA?

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

A pesar de los señalamientos, favorables o adversos, de la opinión pública en torno a la programación de verano de la televisión cubana, esta continúa despertando un alto grado de expectativa.

En el caso de nuestro país, semejante expectativa se explica tanto por las facilidades del pueblo para acceder al servicio de la televisión como a la falta de otras opciones atractivas para satisfacer el llamado tiempo libre, en medio de las peculiaridades económicas y sociales harto conocidas.

Cuando hablamos de televisión en Cuba tal vez nos referimos a la primera opción recreativa-cultural de los cubanos. Tal coyuntura se convierte en exigencia en el verano insular pues, ya de vacaciones, no pocos prefieren *divertirse* viendo un abanico de programas de su gusto.

Recordemos cuánto ha cambiado nuestra televisión. Hoy disponemos de cinco canales nacionales que han aumentado la variedad, a los cuales habría que sumar los canales provinciales. Además, *Cubavisión* y *Multivisión* transmiten las 24 horas del día, algo raro en un país que se autodefine trabajador.

Concentrado en la televisión un elevado porcentaje de la diversión vacacional del pueblo, la responsabilidad de la programación es inmensa cuando la gente decide quedarse en casa. Fue la amplia cobertura a dos importantes eventos deportivos el plato fuerte que distinguió, y en cierta medida salvó, la entrega del verano de 2008. La coincidencia de la Eurocopa y de la XXIX Olimpiada de Beijing, durante los meses de julio y agosto, permitió transmitir, como decía el eslogan, “más horas de las que tiene el día”.

Los aficionados al deporte tuvieron a su disposición el canal *Tele-Rebelde*, junto a la apoyatura eventual del canal *Educativo 2*, el cual compensó aquellas competencias que ocurrían simultáneamente. Las transmisiones en vivo, diferidas, retransmisiones y el resumen OTI privilegiaron la participación de la delegación cubana, lo cual, en ocasiones, impidió disfrutar de los deportes donde Cuba no tenía competidores.

También llamaron la atención los comentaristas que perdían la objetividad propia del comunicador y perjudicaban el sentido profesional arrastrados por la pasión nacionalista. Afortunadamente, esas posturas no impidieron disfrutar del espectáculo deportivo, un valioso regalo de grandeza física, técnica y moral del ser humano.

También ocupó un lugar muy importante la legión de seriados de ficción y algunos documentales, que han ido copando nuestra televisión desde el verano de 2007. Casi todos extranjeros y otros pocos de factura nacional, con probada calidad en su realización, la mayoría de procedencia norteamericana, los seriados tienden a ser el *encanto* de la programación televisiva en Cuba.

La avalancha foránea de materiales audiovisuales, algunos más educativos e instructivos, otros más abocados al puro entretenimiento, pero con la marca común del sentido comercial, parecen satisfacer todos los gustos, edades e intereses. Quieren ser como un agua magnífica que calma toda sed. Y de alguna manera lo logran porque crean la sed de sí mismos.

Otro factor de innegable atractivo fue la programación cinematográfica. A mi juicio, lo anterior es una consecuencia de dos estrategias loables. Estrenar filmes de poca o ninguna circulación entre nosotros, a veces superando divergencias ideológicas respecto a las posiciones

oficiales, contribuye a estimular el entretenimiento del gran público. Recordemos que la entrada masiva de videocasetas, lectores de discos compactos y de dvd, junto a la cada vez más difundida posesión de computadoras, obligan a replantear la distribución y proyección de películas.

Además, a los espacios de presentación general se suman, desde hace un tiempo, espacios *tematizados*. Un par de excelentes ejemplos son *Ciencia y ficción*, y *Cuadro a cuadro*, programas que se mantienen de años anteriores sin perder una gota de frescura. Sus propuestas lograron disputarle espectacularidad a las tradicionales películas del sábado, una conquista no muy difícil para hablar con franqueza.

La música, manifestación artística por excelencia dentro de la cultura nacional, no quedó desamparada. Programas establecidos y otros de reciente aparición se acoplaron en una cascada de propuestas que procuró satisfacer la mayoría de los gustos. Valga recordar la combinación de las atinadas exhibiciones en Espectacular o ¡Bravo!, así como en La Descarga o Concierto, Musical de verano o Música, maestro. Un espectro nutrido de géneros y estilos que recorre tanto la llamada música clásica como la música popular del patio o internacional.

Contrastan con lo anterior las dificultades reincidentes del humor en la televisión. El nuevo formato de Deja que yo te cuente y la novísima entrega de Donde hay hombres no hay fantasmas, muestran que la vitalidad del humorismo cubano, apreciable en shows para centros nocturnos y en espectáculos teatrales, no logra entenderse con las coordenadas del principal medio de comunicación en este país.

A pesar de los pequeños y eficaces momentos que el humorismo encuentra (véase al profesor Mentepollo, interpretado por Carlos Gonzalvo), me da la impresión de no tener delante un asunto técnico-artístico o de programación. El problema señala la concepción del género humorístico dentro de la televisión. De no resolverse la falta de entendimiento entre la institución, la naturaleza del humor (la tradición cubana del mismo) y las expectativas del público, podría afectarse todo el resto de las estrategias que este medio organiza en su dinámica de comunicación social. Con la decadencia del humor televisado nadie sale ganando.

Los aciertos de la programación de verano tuvieron las limitaciones propias de nuestros medios en general. Incluso, la última edición sumó el azote de los dos ciclones. El diseño, para el cierre del verano, quedó cortado sin remedio. El próximo paso sería considerar otros que determinan la calidad de la televisión. Entre tantos que influyen en la programación, no quiero pasar por alto dos de ellos por su incidencia más directa.

La televisión es un medio costoso, pero si tomamos en cuenta su influencia en la vida ciudadana ya no se aprecia tanto la carestía en función de intereses mayores. En tal rumbo, la producción nacional deviene uno de los retos de nuestra televisión. Programas cubanos que hablen en cubano y para cubanos constituyen una necesidad perentoria, una urgencia cultural que los materiales foráneos nunca podrán llenar, a pesar del grado de calidad que ostenten.

Otro asunto indica que aún no se ha resuelto el equilibrio entre la instrucción y el entretenimiento. Esta tensión se agudiza en el verano por razones obvias. Sin embargo, por encima de las exigencias vacacionales se sitúan, desde una contradicción artificial, los propósitos educativos e ideológicos(a ratos fundidos en uno solo) dominantes a la hora de concebir, estructurar, escribir, producir, realizar y emitir.

La esencia es que instrucción, diversión y educación no son contradictorias. Por el contrario, históricamente han sido aliadas.

Entre nosotros la dimensión del entretenimiento puja con la de la enseñanza en una contradicción aparente, que podría volver aburrida la mejor de las intenciones. Tal exceso cansa a un sector de la teleaudiencia, que quizá busque propuestas más ligeras y también poco edificantes en televisoras extranjeras de habla hispana. Aun sin considerar la razón anterior, un simple examen reconoció la demanda de ofertas más seductoras.

La respuesta no demoró demasiado. Aliviar y aligerar la programación fue la causa de que, a mitad del pasado verano, se decidiera realizar ajustes de horarios y programas para incrementar la diversión, pero en los tiempos que corren, después de la televisión interactiva, satelital y a las puertas de la digital, el televidente siempre arma su programación. Y sin tomar

en cuenta este factor de libertad y elección personal, siempre “se le estará cayendo atrás” a un público heterogéneo.

Pecamos de ingenuos cuando mantenemos el televisor encendido “para ver qué ponen” o para ahuyentar el silencio. Anular la elección personal y la apreciación crítica lleva a consumir lo que pongan por “no haber nada más”; coloca a la persona en una posición de vasallaje respecto al aparato electrónico y a la fuente transmisora de la señal. Así se forman convicciones indeseadas y se logra la imposición de esa falsa conciencia que transforma a la persona humana en miembro difuso de la masa.

Los medios de difusión masiva y el mundo del espectáculo deben recibirse sin pasividad y degustarse con sentido crítico, aunque el mensaje o el discurso se empeñen en anular nuestra participación en el proceso de recepción e interpretación.

La familia cristiana debería mantenerse alerta con el universo de imágenes que produce la cultura contemporánea, pero no para rechazarla o satanizarla, sino para dialogar críticamente con ese universo y aprovechar lo que contribuya al proyecto trascendente de existencia.

Nunca deben consumirse los seriados como un mero entretenimiento. Al revés, la televisión y los materiales audiovisuales, bien empleados y reproducidos por un interés específico, tienen, si se usan bien, una gran utilidad formativa e informativa que estimula el análisis y el debate en función del desarrollo humano integral.